

EL LLANTO DEL PETIRROJO

JUSTO I. SELLÉS

Pese a que nadie sabía de su regreso, el viejo llegó puntual, a las seis y media, porque en aquel lugar del Maestrazgo, desde muchos años atrás, todo sucedía a la misma hora. Allí, la gente moría a las seis y media, y a las seis y media verdeaban los sembrados, amanecía o se ponía a llover. El cierzo levantaba a las seis y media, y mediado el otoño, las hojas de los chopos saltaban de sus ramas, una tras otra o a la vez, pero siempre, siempre, a las seis y media. A las seis y media volteaban cadenciosas las campanas, y también, a las seis y media, tocaban a Misa y a gloria, a rosario y a difunto, a maitines y a vísperas, todos los santos días. El petirrojo cantaba a las seis y media, y el jilguero, y el ruiseñor; todos los pájaros que allí cantaban, todos, callaban a las seis y media, y al punto volvía a escuchárseles junto al río, o en el soto, o en lo alto del ciprés, pues al poco de estallar la última guerra el tiempo se detuvo en aquella hora imposible en que todo ocurría y a la que, sin embargo, nada podía acontecer.

La noticia amaneció con los gallos y causó tal revuelo que a la salida de Misa no se hablaba de otra cosa. Se contaba que lo vieron bajar del coche de línea con un fardo negro cargado a la espalda y que, antes siquiera de echar a andar, quedó de muestra, encorvado sobre su bastón, oliscando los aires vespertinos como un perro de caza. Decían que con tanto ímpetu los husmeaba que arrancó la flema del odio que prendía en su garganta y la escupió cual demonio contra el suelo; aunque otros

—menos escrupulosos en los detalles— apuntaban que el gargajo, al salirle por la boca, le quedó colgando de la barba de tan poblada y mugrienta como la llevaba.

Hubo también quien aseguraba habérselo encontrado junto al puente de la vega, sentado sobre la piedra redonda del río, riendo solo y murmurando extrañísimas palabras; si bien aquello a nadie le sorprendió que ya se sabía que el viejo, en otros tiempos un hombre huraño pero leído, desvariaba desde que salió del penal, que se rumoreaba que la locura que lo acompañaba, como sucediera al más ingenioso de los hidalgos, le venía de alternar con ciertas novelas de medio pelo cuya lectura resultaba del todo desaconsejable.

En el lavadero, la colada aguardaba en remojo mientras las mujeres discutían los motivos de su regreso. Coincidían en que al anciano le movía el rencor y que a buen seguro su hija, como años antes hiciera la nuera, lo había largado de casa porque el viejo era de armas tomar y no atendía a razones, que —decían— ni la cárcel lo pudo ablandar, sólo don Eulogio, que el muy santo había ganado el cielo de tan canutas como se las hizo pasar el otro, que nadie alcanzaba a comprender todavía por qué un hombre tan cabal como don Eulogio lo hubo de proteger, de joven y ya más granado, cuando todos sabían que el otro era peor que la tiña y caminaba de la mano del Diablo —y volvían—, que si la cárcel no lo pudo ablandar menos aún la familia, si acaso Dios, que cualquier desgracia que le lloviera del cielo sería poca.

Aquella tarde las partidas de guiñote se jugaron apasionadas, que no hubo una sola mesa del casino donde se rehuyera hablar del viejo. En unas echaron la cuenta de sus excesos; en otras, de las calamidades que por su mala cabeza le acontecieron: por levantisco, por incendiario, por blasfemo; mas cuando Gervasio el Herrero levantó la voz por defenderlo, su alegato le quedó tan febril que nadie, por no agarrarse

con él, quiso meterle baza. Con tanto ardor justificó la causa revolucionaria que, envalentonado por la callada con que otorgaba la mayoría, decidió cantarles las cuarenta, y alentando la ocurrencia de levantar una estatua del viejo en mitad de la plaza, terminó por perderlas en el arrastre de tan peladas como las llevaba. Entonces se exaltaron las voces de quienes reclamaban respeto a Dios, a la Iglesia y a la insigne figura del Caudillo, y ya en adelante, conforme el coto se resolvía y el herbero se apuraba en el vaso, el cigarro se apretó en la boca y los nudillos tronaron sobre el tapete cada vez que en la mano pintaban bastos. Gervasio mandó callar al alcalde y este lo amenazó con la guardia civil, aunque lejos de amedrentarse el de la herrería se levantó de la silla y se fue para el otro con el puño en alto y el insulto en la boca, apostándose las de no tener la hombría suficiente para amenazarle a solas, a la cara y en la calle. Fue la última machada que entonó aquella tarde, porque al punto de vocearla lo tomaron por el cuello y, entre varios, lo sacaron a patadas del casino.

El viejo paseaba junto al río, solo, la mañana siguiente. Marchaba errabundo, por regadíos y sembrados, y cada tanto paraba su deambular y atendía los olores que bajaban del monte, o escuchaba al ruiseñor en la espesura, o gustaba un brote de romero junto al camino.

El puente de piedra lo esperaba al final del camino. Al llegar junto a él lo acarició mansamente, y con esas que lo cruzó varias veces, unas, subiendo por el flanco de las choperas, donde el molino y la acequia, otras, bajando por la banda de las zarzas y el cañaveral; y con cada ida evocaba los días de trilla, cuando lo atravesaba con el carro cargado de mies camino de la era; y con cada vuelta hacía lo propio con los de la niñez, cuando pasaba las tardes del estío sentado donde su apuntado arco lo elevaba, como un pájaro, sobre el río. Tomó asiento sobre la pulida piedra de su infancia y quedó con los pies colgando de las alturas, a merced del murmullo de la corriente. No —pensaba—, el pueblo no había cambiado, tan esbelto y tan de piedra, con sus casas colgadas de la roca, encerradas como un fósil en el interior de la muralla; con sus almenas derrotadas por el tiempo, sometidas al arrullo del palomo y al campar de la hiedra; con aquel olor suyo a ganado y humo que todo lo impregnaba, hasta las piedras más altas. No, allí nada había cambiado, y la vega se conservaba hermosa, tan libre, con sus sembrados y sus romeros, con su riacho y su puente de piedra.

El petirrojo paró en la rama más baja del chopo y le cantó. Entonaba la misma estrofa de siempre, serena, melancólica, y el

anciano la estuvo escuchando hasta que le arrebató el corazón. Fue al henchir su pecho, al retener en su hondura tan emocionado suspiro, cuando *la familia de Pascual Duarte* le vino a visitar. Sintió la rigidez de las tapas oprimiéndole las costillas, la desazón del esquinazo clavado en sus carnes, con tanta insistencia que cuando tentó el bolsillo de la pelliza donde años atrás abandonara la novela ya era tarde para afectos pasados, y un escalofrío remontó su espalda, lo agarró del cuello y le habló: *«Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte.»*

Las páginas estaban frías, y al sentirlas tiritar en sus manos el anciano dudó si devolverlas al calor del bolsillo o lanzarlas a la corriente, y mientras lo decidía las palabras de Pascual Duarte percutían en su cabeza, una y otra vez, como martillo que repica al yunque. Entonces, al hundir los ojos en la portada, percibió que el paisaje se diluía a su alrededor, y reconoció en aquellas palabras la esencia de su propia vida y el verdadero motivo de su regreso.